

Daniel Mansuy, *Nos fuimos quedando en silencio. La agonía del Chile de la transición* (Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2016).

RESEÑA

LA DERECHA CHILENA VUELVE A PENSAR

Héctor Soto

En lo menos, el reciente ensayo de Daniel Mansuy es una reflexión inteligente sobre los desajustes y las cuentas pendientes que el sistema político tiene con el Chile de hoy. En lo más, es una certera explicación de las lógicas que presidieron el proceso de nuestra transición política, las cuales, junto con introducir serias distorsiones en el discurso a los partidos a partir de los años 2000, dieron lugar a potentes manifestaciones de malestar social cuando la centroderecha ganó la elección presidencial del año 2010.

I

Aunque se han hecho muchos análisis de las singularidades y complejidades de nuestra transición política, probablemente nadie hasta ahora había identificado con tanta claridad y agudeza como Daniel Mansuy los subentendidos y contradicciones que tuvo este proceso.

Qué duda cabe —en principio, al menos— que fue un proceso exitoso. Exitoso, porque le permitió al país pasar de la dictadura a la democracia sin grandes traumas, sin estallidos de violencia y con una economía que, lejos de resentirse, se potenció en los años siguientes de

HÉCTOR SOTO. Abogado, periodista, crítico de cine. Columnista político y asesor de la dirección del diario *La Tercera*. Autor de *Una vida crítica, 45 años de cinefilia* (Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales, 2013). Email: hesoto48@gmail.com.

El autor agradece las sugerencias y observaciones de Cristián Bofill al borrador de esta reseña.

tal manera que dio lugar a uno de los períodos más prósperos de nuestra historia como nación.

Efectivamente, no son muchos los países que han logrado realizar este tránsito ordenadamente, y costaría bastante encontrar alguno que lo pudo hacer mientras aún estaba vivo el jerarca máximo del régimen autoritario anterior. España también hizo una transición exitosa, pero la hizo cuando Franco ya había muerto y se hizo posible —no sin dificultades, claro— un acuerdo político transversal que, con el patrocinio de la Corona, condujo a la promulgación de una nueva constitución. Argentina se reencontró con la democracia en 1983, pero fue sólo después de que las Fuerzas Armadas de ese país hubiesen sido derrotadas por Inglaterra en el campo de batalla, a raíz de lo cual se les hizo imposible seguir dándoles sustento político a los gobiernos militares que desde 1976 habían encabezado sucesivamente los generales Jorge R. Videla, Roberto E. Viola, Leopoldo F. Galtieri y Reynaldo B. Bignone. La transición política brasileña también fue muy distinta. Brasil tiene una matriz y una historia política diferentes a las del resto de los países de la región. Quizás eso explica que su transición haya sido más gradual. La dictadura brasileña estuvo mucho menos personalizada que la chilena, y los militares que derrocaron en 1964 al Presidente Joao Goulart, un político de corte populista que intentó un programa de reformas de aliento social, sobre todo en el plano agrario y sindical, permanecieron por poco más de veinte años en el poder. Después de haber reprimido duramente el extremismo de izquierda e iniciado un cierto proceso de apertura de la economía, el propio régimen, que siempre operó con un Congreso tutelado por los militares, después de la derrota del partido oficialista Arena en las elecciones de 1976, fue acordando los márgenes de contención para una transición “lenta, segura y gradual”, que culminaría en 1985, con la elección por parte del Congreso de Tancredo Neves en la presidencia. Neves, que había sido un leal colaborador de Getulio Vargas y también de Goulart, finalmente no pudo asumir la primera magistratura debido a las complicaciones posoperatorias que terminaron por llevarlo a la tumba. El cargo recayó entonces en el vicepresidente José Sarney, un político mucho más a la derecha que el socialdemócrata Neves, y, tres años más tarde, se dictaba una nueva constitución federal, que al año siguiente permitiría —con la victoria de Fernando Collor de Melo— la primera elección presidencial directa

desde 1964. La elección directa había sido el gran caballo de batalla de los opositores del régimen militar brasileño.

En Chile todo esto fue muy distinto. Distinto, en primer lugar, porque la transición fue diseñada por el propio gobierno del general Pinochet y se atuvo a las modalidades y plazos previstos en el itinerario de la Constitución de 1980. Distinto, también, porque el régimen, no obstante haber sido derrotado en el referendo de octubre 1988, siguió interpretando a una fracción importante de la ciudadanía. Distinto, porque la cúpula concertacionista, y en particular Patricio Aylwin, estaban por realizar una transición que fuese impecable, cero traumática y completamente al margen de los pésimos desenlaces que estos procesos habían tenido en Argentina (donde el proceso derivó en polarización social, caos, hiperinflación, asalto a los supermercados, al punto de que el Presidente Alfonsín debió irse de la Casa Rosada antes de terminar su mandato), en Brasil (donde el populismo fijó en su constitución hasta la tasa de interés y autorizó la farra fiscal que después le costaría sangre, sudor y lágrimas a la economía brasileña) y en Perú (donde sube al poder el Presidente Belaúnde y hacia fines de su mandato Sendero Luminoso sumerge al país en una verdadera guerra civil).

Y distinto, no en último lugar, porque tanto ese plebiscito como la elección presidencial del año siguiente —1989— tuvieron lugar en un contexto de sostenida recuperación económica, que hizo evidente, después de una larga espera, que el país comenzaba a dejar atrás las secuelas de la feroz crisis económica de los años 82-84, entregando evidencias más o menos contundentes de que el modelo económico finalmente funcionaba para los efectos de hacer crecer el producto interno y mejorar los niveles de bienestar de la población.

Como en el mapa político de América Latina no había nada que imitar, sino que, al contrario, evitar a toda costa, lo más próximo a un modelo que tuvo la transición chilena fue el caso español. España, a la inversa de nuestros vecinos, sí era todo lo que Chile quería ser, con la gran salvedad de un Pinochet al mando del Ejército: era un país que se había dividido en forma desgarradora y gracias al pragmatismo de sus políticos entre fines de los años 70 y los 80 había logrado transitar hacia una democracia moderna y una economía europea próspera. Era la cuna del socialismo renovado, un ingrediente indispensable para el éxito de la Concertación. No está de más recordar que el primer líder de

la izquierda después de la UP, Ricardo Lagos, se miraba más en Felipe González que en Salvador Allende. España era el ejemplo de una sociedad que no había permitido que las divisiones del pasado bloquearan el camino de futuro transitando hacia el centro.

Es a partir de ahí que en Chile se empieza a hablar de centroizquierda y, con menos convicción, también de una centroderecha.

Ese paralelo sigue siendo especialmente interesante hasta hoy, porque, con todas sus singularidades y matices, Chile recorrió un camino durante los primeros 25 años de la Concertación tan exitoso como el de España: nuestra transición produjo un progreso sin precedentes y por mucho tiempo sus logros fueron motivo de orgullo nacional. Pero, tal como allá, o incluso más que allá, en algún momento la transición se convirtió en una mala palabra, en símbolo de amnesia, de oportunismo, de transacción y engaño.

La diferencia es que en España está claro lo que gatilló ese cuestionamiento: la crisis financiera de 2008, que Chile sufrió con menos intensidad. Aquí el orden de la transición entró en crisis cuando se instaló el primer gobierno de centroderecha. Sólo ahí quedó claro cuán feble era el compromiso de importantes sectores de la Concertación con su propia obra. Y quedó también de manifiesto cómo el economicismo le pasaría la cuenta a la derecha.

II

El libro de Daniel Mansuy explica lo que ocurrió en Chile en los años 90 remontándose a los propósitos refundacionales que tuvo el régimen militar. Huelga decir que no se trató de un régimen militar cualquiera, como quedó claro desde el primer día tras el suicidio del Presidente constitucional y el bombardeo a La Moneda. A lo mejor en ese momento los militares sublevados todavía no habían definido el tipo de gobierno que querían darle al país, más allá del objetivo de sacar a como diera lugar al Presidente Allende del poder. Es un hecho evidente que la ambición de cambiar *ad aeternum* el curso de la historia de Chile vino después, pero muy poco después. En los primeros pasos que da la Junta Militar se olió que el interregno no iba a ser breve.

Mansuy plantea que nadie contribuyó mejor que Jaime Guzmán a perfilar ese régimen y a conferirle su espíritu misional. No lo piensa

dos veces y coincide con Renato Cristi en que se trata del auténtico arquitecto del régimen militar. “Es difícil —escribe el autor— sobredimensionar la influencia del líder gremialista desde el principio mismo del proceso”.¹ Aduce en apoyo de su punto de vista el temprano memorándum que Guzmán, en nombre de un improbable “comité creativo” que desaparecería en la noche de los tiempos, y a pocas semanas del golpe, dirige a la Junta de Gobierno. El memo parece no estar fechado y efectivamente es un documento relevante. En ese momento Guzmán tiene apenas 26 años, una cara de pavo que ya en estos tiempos parecía de otra época, una facilidad de expresión fuera de lo común y una intuición política poco menos que de contornos animales. Había liderado un movimiento contrario a la reforma en la Universidad Católica de Chile, había participado en la campaña de Jorge Alessandri, había sido panelista del programa *A esta hora se improvisa*, de Canal 13, hacía clases en la Escuela de Derecho de la Universidad Católica y se estaba desempeñando como asesor del general Gustavo Leigh. Pero no mucho más. Y sin embargo le recomienda a la Junta de Gobierno acudir a lo que él entendía era una cita con la Historia. Por supuesto, ya era un personaje influyente y por entonces es casi seguro que el gobierno ya le había encargado que comenzara a trabajar el texto de la Declaración de Principios que el gobierno militar dio a conocer el 11 de marzo de 1974, documento que acusa el sello inconfundible tanto de sus categorías intelectuales como de su prosa.

Efectivamente, el memorándum es bien notable y Mansuy hace bien en destacarlo. Guzmán, que siempre creyó más en el poder que en la virtud, le dice en pocas palabras a la Junta que, con lo que han hecho hasta ese momento, ya no hay vuelta atrás. O que por lo menos, habiendo bombardeado el Palacio de Gobierno y teniendo que cargar a sus espaldas con el suicidio del Presidente Allende, habiendo detenido a gran parte del aparato político del régimen y habiendo ajusticiado a un buen número de cabecillas o agitadores, iba a ser difícil, o por lo menos complicado, volver a la legalidad del Chile de antes. Si volvían atrás, a muy corto andar ellos mismos, como responsables de la ruptura constitucional, se iban a encontrar en problemas. Lo que debían hacer, por

¹ Daniel Mansuy, *Nos fuimos quedando en silencio. La agonía del Chile de la transición* (Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2016), 24. En adelante, este libro se citará tan sólo con su número de página.

lo mismo, era continuar, y apretar el acelerador a fondo. Y aprovechar, por supuesto, la providencial coyuntura histórica en la que el destino los había puesto para enderezar, de una vez por todas, los rumbos del país.

Por cierto que eran palabras mayores y por cierto que en esa exhortación había mucho de desmesura. Eran tiempos de desmesura, por lo demás. El proyecto político de la Unidad Popular de conducir a Chile al campo de los socialismos reales también había respondido al maximalismo histórico. La refundación del país envolvía un desafío político descomunal. En el Chile de entonces, sin embargo, la imaginación dejaba cabida para proyectos así. No en vano Mario Góngora caracterizó a este período como de la era de las planificaciones globales.² Refundar el país en 1973, en cualquier caso, involucraba muchas cosas. Involucraba, de partida, una condena no sólo de la traumática experiencia del gobierno de Allende, sino también del delicado régimen político que a partir de mediados del siglo XX fue llenando el estanque de la frustración nacional, primero con los palos de ciego del gobierno de signo antipolítico encabezado por el general Ibáñez, en seguida con los sesgos patronales de la gestión de Jorge Alessandri, después con las medias tintas de la Revolución en Libertad de Eduardo Frei, para rematar en 1970 con los desvaríos del ensayo allendista de la vía chilena al socialismo. Nada de todo eso se salvaba. Entrañaba, además, un rotundo desprecio, en términos de estrategia de desarrollo nacional, al modelo sustituidor de importaciones que, bajo los auspicios de la Cepal y en general del desarrollismo regional, se había impuesto en toda América Latina. Entrañaba repudiar una fracción importante de la historia de Chile del siglo XX, abjurar de formas de convivencia que tenían indudable arraigo en la sociedad chilena, establecer un veto expreso o tácito sobre organizaciones y figuras que gozaban de amplio reconocimiento y respetabilidad, y ningunear muchas de las instituciones de esa vieja democracia liberal que, con sus forma-

² Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX* (Santiago: Universitaria, 2006). Góngora establece una línea de continuidad desde la Revolución en Libertad de Frei Montalva hasta la modernización liberal del régimen militar. Es la era de las “planificaciones globales”. “El espíritu del tiempo —dice Góngora— tiende en todo el mundo a proponer utopías (o sea, grandes planificaciones) y a modelar conforme a ellas el futuro. Se quiere partir de cero, sin hacerse cargo ni de la idiosincrasia de los pueblos ni de sus tradiciones nacionales o universales; la noción misma de tradición parece abolida por la utopía” (304).

lidades, papeleos y resguardos formales, habían sido, en opinión de las nuevas autoridades, incapaces de confrontar, desde los poderes del Estado, desde las organizaciones sociales, desde las universidades, desde la estructura productiva, desde el campo y las poblaciones, las arremetidas y presiones del socialismo marxista.

A lo mejor es un reduccionismo personalizar en Jaime Guzmán todo el diseño político del régimen. Entre otras razones, porque el gobierno militar, no obstante las enormes cuotas de poder que fue concentrando desde muy temprano el general Pinochet, nunca fue un bloque enteramente monolítico. El mismo Pinochet fue muy consciente de las limitaciones de la verticalidad del mando y por eso fue un maestro en contemporizar, en equilibrar, en contener, en manejar las disidencias y fisuras iniciales que detectó, antes que en ningún otro frente, en el Ejército y en las demás ramas de la Defensa, que eran las que más le importaban, resistencias que con el paso del tiempo fue neutralizando hasta el momento en que podía comprobar que, atendidas las correlaciones internas de fuerzas, podía directamente expurgarlas o destituir las sin mayor costo. Es más, una década después de instalado el gobierno y varios años después de haber expulsado al general Leigh de la Junta de Gobierno, Pinochet todavía seguía contrapesando en su gobierno a facciones nacionalistas duras con los Chicago Boys; a gente de orden de la derecha tradicional, como el ex Presidente Jorge Alessandri, con aparatos canallas de seguridad e información; a conservadores sombríos, recoletos y poco menos que milenaristas, con tecnócratas de cabeza laica, modernizada, y abiertos a las oportunidades del exterior. Es cierto que, en este frágil equilibrio de diferentes sensibilidades y sectores, el conflicto y la dispersión a él le convenían. Siempre es bueno dividir para reinar, y Pinochet fue un astro en no comprometerse demasiado con ninguna facción por mucho tiempo, precisamente para dejarse siempre un margen de maniobra que le permitiera seguir arbitrando y erguirse como último recurso o tabla de salvación.

Pero en lo básico, sí, parece ser cierto que Guzmán fue por lejos la figura más determinante en el diseño político del régimen militar. Lo fue no necesariamente porque Pinochet le haya “comprado”, por decirlo así, el cien por ciento de sus ideas. Lo fue porque Guzmán también, antes que un intelectual, antes que el teórico de un modelo político acabado en todos sus detalles, fue un político más dúctil y pragmático de

lo que parecía, de suerte que fue capaz de ir adaptando y flexibilizando sus ideas en función de las circunstancias y contextos en que le tocó operar. Como suele ocurrir en todos los regímenes personalistas, y que por lo mismo dependen mucho de los humores del caudillo, Guzmán tuvo períodos de mayor y menor cercanía a Pinochet; hubo momentos en que estuvo vetado y otros en que los pasó en el congelador. Pero fue de los pocos que, con más o menos reservas interiores, se mantuvo incondicionalmente al lado del régimen —al lado, no adentro— hasta el final. Sabía que en cualquier otra posición —como pieza del engranaje orgánico, como subalterno de alguien o, por último, como adversario— su voz iba a pesar bastante menos y en esto su instinto político no se perdió ni un solo instante.

Guzmán fue el gran adalid de la democracia protegida. Fue el gran responsable de diseñar una institucionalidad política que, cumpliendo con los estándares mínimos de la democracia liberal exigidos por la mayoría de la Comisión Ortúzar (que, dicho sea de paso, se puso a estudiar la que iba a ser la nueva constitución a muy corto andar, cuando los escombros del Palacio de La Moneda todavía estaban tibios), de partida dejara fuera del juego político a los partidos marxistas y, en seguida, contemplara tal cantidad de contrapesos, amarres, seguros, quóruns y mecanismos contramayoritarios, que al final la voz de la ciudadanía gravitara poco en el rodaje de los poderes del Estado.

La democracia protegida es eso. Una democracia a prueba de los furores de la chusma y de las veleidades circunstanciales del electorado. Como se ha dicho muchas veces, llevando las cosas a un extremo, es una democracia donde no importa mucho quién gane y quién pierda, porque al final las cosas simplemente no pueden cambiar demasiado.

Nunca se terminará de saber si este molde fue responsabilidad exclusiva de Jaime Guzmán. Es un molde que trasunta no sólo una parida desconfianza en las mayorías circunstanciales (entendible quizás a partir de la experiencia de un gobierno que, habiendo ganado con un tercio de los votos, quiso meter al país en la dinámica del socialismo totalitario), sino también una notoria compulsión por despolitizar a la sociedad. En esto, con mayor o menor énfasis, inicialmente estuvieron de acuerdo todos los partidarios del régimen militar. Correspondía por lo demás a la demanda de una sociedad demasiado estresada tras la polarización política que el país había vivido durante el gobierno de Allende.

Está claro que Guzmán estiró esta cuerda mucho más lejos y en eso siempre encontró acogida en Pinochet. Pero no sólo en él. El equipo económico también trabajaba en la misma dirección, y muchas de las creencias y modernizaciones del régimen militar —el plan laboral, los fondos privados de pensiones, la normativa sobre colegios profesionales y asociaciones gremiales, entre otras— fueron tributarias de ese ideal. Despolitizarlo todo y al máximo. No hay que subestimar las contribuciones en este rubro que vinieron desde los tecnócratas, que no por tecnócratas carecían de intuiciones políticas. De hecho, en buena parte de las políticas públicas que ellos elaboraron late un decidido propósito de contener las presiones del mundo político, sea que provengan de los partidos, del sindicalismo histórico o de los organismos internacionales.

Es pertinente recordar, en todo caso, que hacia fines de los años setenta la despolitización dejó de ser un propósito compartido por todos los adherentes al régimen. De hecho, a partir de entonces, y especialmente en el período de la crisis económica 82-84, los grupos nacionalistas plantearon una y otra vez la necesidad de constituir un movimiento cívico-militar que le diera al gobierno una base de sustentación popular más articulada. Pinochet, a pesar de coquetear con la idea, como era su costumbre, siempre la terminó desestimando, previendo posiblemente que en ese escenario —que fue el de los uniformados en Brasil, que fue el Chávez, que es el de Maduro y, bueno, que es el del actual régimen cubano— las Fuerzas Armadas se iban a politizar de todas maneras, lo cual a la larga entrañaba riesgos porque podría traerle a él —como comandante en jefe— y a su gobierno más viento en contra que a favor.

¿Correspondía el formato democracia protegida de Guzmán a lo que Pinochet quería de la nueva institucionalidad? No cabe duda de que era un modelo que le acomodaba y que, además, cumplía con su propósito de cerrarle las puertas al marxismo para siempre. Sin embargo, quizás tampoco corresponda hacer mucho caudal al respecto. Pinochet estuvo siempre más interesado en el articulado transitorio que en el articulado permanente de la Constitución. En parte porque sabía que en ese momento su poder se jugaba ahí, en los artículos transitorios, y en parte porque sabía que en política, más que en ningún otro frente, puede ser cierto aquello de que a cada día ha de corresponder su propio afán.

Especialmente en el capítulo dos de este ensayo —“Jaime Guzmán y la refundación de Chile”—, *Nos fuimos quedando en silencio*

entrega un análisis muy clarificador de los acomodados intelectuales y políticos que hizo el fundador de la UDI para tender un puente entre su movimiento y el pensamiento económico de los Chicago Boys. En principio eran mundos separados. Guzmán provenía del integrismo católico del cura Osvaldo Lira, del hispanismo conservador de Jaime Eyzaguirre, y había admirado en el plano económico muy poco antes el corporativismo franquista. Su primer contacto con el pensamiento liberal debe haber tenido lugar poco antes de 1970, en el curso de la campaña presidencial de Jorge Alessandri, cuando el grupo de economistas formado en Chicago trabajó en la elaboración de un programa económico alternativo para la candidatura del ex Presidente, que los gerentes e ingenieros que rodeaban al candidato terminaron desestimando por riesgoso. En general, muchos de ellos todavía tenían una noción del desarrollo más conectada a los puentes, a las chimeneas y a las torres de alta tensión que a la iniciativa individual o a la apertura de la economía. Como quiera que fuera, las primeras aproximaciones de Guzmán y los Chicago Boys deben haber partido por entonces, como parten estas cosas siempre: por vínculos de gradual simpatía y confianza. El asunto es que, cuando el golpe triunfa, ese programa va a encontrar una segunda oportunidad y la va a encontrar no porque el pensamiento predominante en la Junta haya sido liberal (de hecho, en los altos mandos el centralismo estatista se imponía por lejos y siguió imponiéndose hasta bien entrado el gobierno militar), sino —en concreto— porque éste terminó siendo el único programa económico coherente que cumplía con los dos estándares que Pinochet estaba exigiendo antes de hacerlo suyo: que no estuviera tocado por el fracaso de las fórmulas que el país ya había probado antes sin éxito, vale decir, en los gobiernos anteriores, y que estuviera libre de complicidades con el mundo político, el cual —en la perspectiva de los militares— había sido incapaz de ponerse de acuerdo para evitar la catástrofe. El programa Chicago, además de ser muy global, válido para todos los ámbitos de la actividad productiva, e incluso para resolver no pocos dilemas del plano político, era nuevo, había sido concebido por gente joven no contaminada por los partidos, y era químicamente “puro”, apolítico, que era precisamente lo que el nuevo gobierno buscaba. Como proyecto, por lo demás, tenía para Pinochet otro atractivo no menor: estaba en las antípodas de lo que el socialismo intervencionista y el socialismo revolucionario habían intentado realizar

en Chile. No había modelo o proyecto que representara mejor un golpe de timón definitivo y rotundo.

Obviamente que hubo talento político de parte de Guzmán al forjar esta alianza. Mansuy lo concede. Los Chicago Boys colocaron los platos, pero de alguna manera el menú pasó a ser el de Guzmán, desde el momento en que fue quien lo articuló, quien le dio sentido más allá del plano estrictamente económico. El libro reconoce que Guzmán fue el gran articulador. Ninguno de los Chicago Boys de la primera hornada, sin embargo, provenía de la matriz del gremialismo, y fue un acierto de Guzmán darle una dimensión política al trabajo que estos jóvenes estaban realizando. Sin ese horizonte político de proyección, tal vez ni ellos mismos habrían logrado entender el sentido de lo que estaban haciendo. Pero, reconocido eso, tampoco se sostiene mucho la idea de que los Chicago eran unos tecnócratas de puro laboratorio, unos marciales completamente insensibles a las circunstancias del país en ese momento. No lo eran. No sólo intuían que lo que estaban haciendo en materia de políticas públicas comportaba alcances ideológicos y valóricos. Como quedó claro en los aportes que haría José Piñera —que venía de Harvard, no de Chicago— y en varias de las modernizaciones impulsadas desde fines de los 70 por el equipo económico, las hebras de la economía y la política no seguían líneas separadas. Los Chicago Boys fueron menos cándidos o inocentes, políticamente hablando, de lo que se cree.

Si ésta fue una transacción, bueno, habría que decir que ambos lados ganaron. Desde luego, creció Guzmán, quien pudo modernizar su cabeza en una dimensión, la económica, que es crucial para la política moderna; y los Chicago Boys encontraron en Guzmán a un aliado inesperado y de peso para resguardar el trabajo transformador. En cualquier caso, las fronteras de uno y otro mundo, las del gremialismo y las de los economistas de Chicago, nunca desaparecieron del todo. Los intereses podían ser convergentes, pero las identidades nunca se fundieron completamente.

III

Los capítulos tres y cuatro del libro, dedicados a la transición, son probablemente los más clarificadores y originales de este ensayo. Es más: el análisis de Daniel Mansuy bien podría ser el que mejor explica

los sobrentendidos de este proceso político, los silencios que la lógica del continuismo comportó tanto en la derecha como en la centroizquierda durante ese período, las distorsiones que introdujo en el juego político de los años 90 y los reventones que generó con ocasión del triunfo de la centroderecha el año 2010, con Sebastián Piñera a la cabeza.

La explicación de Mansuy arranca del momento en que la oposición al gobierno militar toma conciencia de la imposibilidad de derrotar al régimen por la vía de las protestas y los paros generales. Observa que llega el momento en que esta estrategia opositora, que en principio ciertamente arrinconó a Pinochet, enajenándole el respaldo de los sectores medios y de varios gremios, se vuelve contraproducente a raíz del clima de confrontación y desorden social que impuso, y dada la decisión de Pinochet de atenerse estrictamente a los plazos previstos por la Constitución. En ese efecto quizás no hubo nada de raro. Chile es un país que históricamente siempre toleró mejor la injusticia que el desorden. Fue entonces, ante esa coyuntura que a veces perdemos de vista, cuando, en una lección de realismo de los sectores más moderados de la oposición, encabezados básicamente por Patricio Aylwin, el bloque opositor decide aceptar el desafío de derrotar al régimen dentro de los cauces institucionales, acatando la legalidad de la dictadura y sin pronunciarse explícitamente acerca de su eventual legitimidad o ilegitimidad. A partir de ahí, la oposición comienza a prepararse para el plebiscito de octubre de 1988.

Que fue una decisión arriesgada, hoy nadie lo discute. Que fue exitosa, tampoco: Pinochet fue obligado a procesar una derrota que nunca estuvo en su imaginario ni en los cálculos del régimen. Pero que esa victoria tuvo costos importantes en términos de higiene política, como lo plantea Mansuy, es algo que el tiempo se encargaría de demostrar, porque —como él lo establece con singular agudeza— la opción opositora de disputarle el poder a Pinochet en su propia cancha incluía la condición de someterse al formato de la democracia protegida que el régimen había dispuesto para cuando entrara en vigor el articulado permanente de la Constitución. Eso significaba que el vencedor iba a quedar necesariamente cautivo de una legalidad autoritaria que le iba a ser muy difícil, si no imposible, modificar.

En principio, hacia 1988 sólo cabían dos opciones para la oposición ante semejante escenario. Una era la alternativa heroica: denunciar

el andamiaje institucional como una trampa, lo cual tenía que traducirse por fuerza en los desórdenes de una ruptura institucional que los sectores moderados de la ciudadanía rechazaban y que la coalición quería evitar a cualquier precio. La otra era la alternativa pragmática, según la cual la Concertación se allanaba a entrar a La Moneda, aunque haciéndose cargo de las restricciones preestablecidas por la dictadura.

Aparte de la decisión que tomaron los militares de derrocar a Allende en septiembre de 1973, no hay posiblemente en la historia política chilena del siglo XX una decisión de mayor trascendencia que ésa. En el fragor de la lucha política de entonces es probable que no hubiera mucha conciencia en la Concertación de Partidos por la Democracia de lo que traía aparejado una y otra opción. Rechazar el plebiscito quizás hubiera significado prolongar por varios años más la dictadura. Pero utilizarlo como puerta de salida obligaba a reconocer una serie de cosas que, bien dimensionadas, y sopesándolas con la cabeza fría, podían amargar bastante el sabor de la victoria del No el día 5 de octubre.

No sólo eso. El hecho de que la economía estuviera en ese momento repuntando hacía que el puzzle fuera incluso más complicado. Cuando la propia oposición advirtió que el modelo estaba funcionando bastante mejor de lo que la tecnocracia concertacionista había previsto, puesto que a partir de 1985 todos los indicadores de actividad mostraban que el país estaba progresando, cosa que desde luego era impresentable reconocer en términos políticos, es obvio que el precio de desmontar el esquema económico se fue a las nubes. Lejos de incurrir en ese costo, esa misma tecnocracia concluyó que lo que correspondía entonces más bien era protegerlo; protegerlo en los hechos, no en el discurso, introduciéndole las modificaciones mínimas para demostrar que el nuevo gobierno venía con una sensibilidad social que la dictadura no había tenido, pero dejando en lo fundamental intactas las bases del sistema.

En ese momento —dice Mansuy— se genera “una convergencia indesmentible, pero una convergencia que la Concertación no está en condiciones política de reconocer” (69) ¿De qué convergencia estamos hablando? El autor la plantea en los términos siguientes: “Desde el principio, la coalición liderada por Patricio Aylwin se vio obligada (al menos así lo explica Boeninger) a asumir una postura doble, rayana en la hipocresía: se convergía con el régimen (militar) sin reconocerlo, se

seguía una política económica de continuidad con la de Büchi, pero eso era negado en el discurso. Ningún régimen político puede sobrevivir demasiado tiempo en un desequilibrio de esta naturaleza. Hay en ese desajuste algo profundamente extraño, una tensión imposible de ocultar indefinidamente” (69).

Si para Mansuy Jaime Guzmán es el gran arquitecto político del régimen militar, Edgardo Boeninger, posiblemente la cabeza más fría e ingenieril del conglomerado, es el cerebro de la Concertación que vio con mayor claridad ese desajuste. Es interesante esta personificación del gran dilema que planteó nuestra transición política y aquí Mansuy se anota otro triunfo. El rostro de Guzmán y Boeninger está en la portada del libro, en un juego fotográfico que les impide mirarse de frente, no obstante que ambos parecen tener plena conciencia del otro. Entre los dos personajes se advierte incluso cierta tensión dramática. Hay una cita un poco alambicada de Boeninger, de su libro *Democracia en Chile*, que es muy reveladora de la complicidad que hizo posible el proceso: “Las propuestas del programa —se refiere Boeninger al gobierno de Aylwin— comprometieron un marco para el orden económico que, sin perjuicio de sus evidentes propósitos electorales, tuvo el sentido más profundo de reducir el temor y la desconfianza del empresariado y de la clase media propietaria, condición necesaria para poder sostener, en democracia, el crecimiento sostenido de la economía logrado a partir de 1985. De modo indirecto, el éxito económico postrero del gobierno militar influyó significativamente en las propuestas de la Concertación, generando de hecho una convergencia que políticamente el conglomerado opositor no estaba en condiciones de reconocer”.³

De acuerdo: no estaba en condiciones de reconocer toda vez que se tolere un poco de maquiavelismo en el análisis. Porque es obvio que existía algún margen para ese reconocimiento. Lo concreto, sin embargo, es que no se hizo. Lo que se hizo fue muy distinto. Lo que hizo la Concertación fue, primero, aceptar el poder; en qué cabeza podía haber que lo rechazara. Lo segundo fue preparar un buen discurso de salvedades retóricas: vamos a gobernar, pero lo vamos a tener que hacer con una institucionalidad que no nos gusta. Y vamos a impulsar el desarrollo del país, pero lo tendremos que hacer operando un modelo mercanti-

³ Edgardo Boeninger, *Democracia en Chile. Lecciones para la gobernabilidad* (Santiago: Andrés Bello, 1997), 368-369.

lista, competitivo, poco solidario, abusivo e ilegítimo, que tampoco nos gusta ni nos interpreta.

Electoralmente no hay duda de que la fórmula funcionó. Permitía a la coalición presentarse como víctima, cosa que después de la dictadura daría lugar a una verdadera industria, el victimismo, y permitía además a las dirigencias del conglomerado, a pesar de la impostura, dormir con la conciencia tranquila por el hecho de estarle haciendo un servicio a la patria. Había ahí, sin embargo, una duplicidad que, no obstante tener buenos retornos políticos en el corto plazo, terminaría generando, no ya respecto del modelo sino respecto de la propia obra de la Concertación, un sentimiento de desafección (de vergüenza, incluso, en la vertiente más autoflagelante) que se saldría de control tiempo después.

Si para Daniel Mansuy tiene sentido apuntar a la brecha entre lo que la Concertación hacía y lo que sus dirigentes decían no es por razones de purismo ético. No es sólo porque en principio un país resulta más sano si sus políticos dicen lo que hacen y hacen lo que dicen. Aquí el asunto, como bien apunta el autor, tuvo una dimensión más práctica, al tender sobre la política chilena un manto de silencio compartido tanto por la derecha como por la centroizquierda. Ese silencio es el que da título al libro. La frase proviene de “Nos fuimos quedando en silencio”, una balada de Schwenke y Nilo que condena el entreguismo de la transición. La derecha acató el silencio porque era el sector menos interesado en agitar las aguas con discusiones políticas mientras el modelo siguiera funcionando; para gran parte de la derecha, la despolitización es el trofeo que conceden los dioses a las sociedades que funcionan bien. En la centroizquierda, por su parte, el silencio fue una gran comodidad porque hizo inviable una discusión que bien podría haberla llevado a conceder que sus gobiernos habían seguido efectivamente anclados a herencias de la dictadura.

El problema, como apunta Daniel Mansuy, es que cuando se rompe el dique, cuando los consensos se rompen, cuando la Concertación es derrotada por Piñera el año 2010, se desatan las furias, las furias de una izquierda y de un movimiento estudiantil que ya hacía tiempo venía manifestando su malestar con la modernización concertacionista. Y también las furias acumuladas de la propia Concertación, a raíz de su hipotética aversión al modelo que había debido administrar sin mayores transformaciones por culpa de la derecha inmovilista. Así las cosas, en

la medida en que nadie estuvo dispuesto a defender los consensos que acompañaron a nuestra transición, puesto que como apunta el autor era un hijo que nadie asumía realmente como propio, “éste estaba condenado a volar por los aires apenas los motivos extrínsecos se esfumaran” (105). A su juicio, el día que la Concertación se encontró en el primer gobierno de Bachelet con una mayoría parlamentaria en ambas cámaras no supo qué hacer con ella, pues dicha coalición no estaba concebida desde una auténtica vocación mayoritaria. “Pero cuando la Concertación fue derrotada en las urnas —plantea él—, pudo descargar toda la rabia contra su pasado. Así renegó de él, invitó a los comunistas a la mesa, obstruyó en todo lo que pudo al gobierno de Piñera y asumió para sí las consignas del movimiento estudiantil del 2011, sin mediar mayor reflexión ni distancia crítica” (105).

Este libro echa mucha luz sobre estas distorsiones y sobre las medias verdades acuñadas durante las cuatro administraciones concertacionistas. La mezcla de confusión y exaltación con que la centroizquierda asistió a las manifestaciones sociales y estudiantiles del 2011 fue reveladora de un evidente oportunismo político, de la necesidad de no quedar al margen de los nuevos vientos que estaban soplando sobre la sociedad chilena, pero también de un extendido sentimiento de culpa por haber acatado el modelo en la práctica, no obstante los reparos políticos que decía tener sobre sus alcances.

Obviamente, la historia habría sido muy distinta si la Concertación en su momento, en los inicios del proceso, hubiera reconocido con franqueza que estaba para jugársela —como efectivamente lo hizo— por un capitalismo democrático, comprometido con el mercado, con los intereses de los consumidores y con la dinámica expansiva de la economía. No lo hizo, aunque tampoco lo desmintió. Prefirió la ambigüedad, la indefinición, porque, por una parte, era una alternativa que políticamente parecía más conveniente, y, por la otra, le permitía presentarse en el papel de víctima de los amarres de la dictadura: hacemos lo que podemos con lo que hay, pero la verdad es que a nosotros nos gustaría otra cosa.

Qué cosa, nunca se supo. Ciertamente, en la impostura envuelta en esta duplicidad hubo responsabilidad de parte de las dirigencias políticas de la coalición. Era más conveniente no aclarar el punto porque, de lo contrario, se corría el riesgo de contaminar a la coalición con legados de la dictadura. Pero el asunto es más serio que eso. Es probable que,

de haberse reconocido la legitimidad del modelo, la propia coalición se hubiese vuelto inviable. ¿Habría estado dispuesto el polo de izquierda a semejante reconocimiento? ¿Hubiese sido presentable para ese sector político en concreto perdonarle la vida al modelo y relativizar que todo su discurso opositor a la dictadura había sido básicamente un asunto retórico? Son preguntas que no tienen respuesta fácil.

Lo que sí es indudable es que, al margen de la responsabilidad de las dirigencias políticas, el silencio de la tecnocracia concertacionista —desde los ministros de Hacienda y autoridades del Banco Central para abajo— también es difícil de explicar. Ésta es la gente que administró el modelo no sólo en sus líneas gruesas, sino la que incluso lo perfeccionó en sus capilaridades más finas. Ésta fue además una tecnocracia que, a diferencia de los Chicago Boys —que decían no meterse en política—, sí tenía una conciencia política y ciudadana, templada en la militancia y en la gesta opositora a la dictadura.

Con el tiempo la propia realidad del país fue debilitando el subterfugio retórico que supuso sostener, en los primeros años de la transición, que el modelo económico de la Concertación no tenía nada que ver con el modelo de la dictadura. En la práctica, los hechos fueron debilitando esta distinción. Muchos economistas se aplicaron con entusiasmo al juego de las siete diferencias: que la Concertación subió el impuesto aquí y bajó la exigencia sindical de allá; que la subvención escolar se niveló y las normas sobre concentración se hicieron más exigentes... Pero, en lo grueso, el modelo no cambió. Ajustes más, ajustes menos, el animal siguió siendo el mismo. Por lo tanto, la manera en que esta gente adoró lo que en un tiempo hubo quemado y quemó lo que en otra época hubo adorado, sin que se notara mucho, estableciendo líneas de continuidad improbables entre el pasado y el presente, entre lo que antes era negro y ahora era blanco, es un tema bien novelesco y sobre el cual es difícil sacar conclusiones generales. Cada cual, es probable, procesó estos conflictos y desgarros a su manera y en privado, no obstante los ribetes públicos envueltos en el acomodo. Un proceso así no se explica a lo mejor sin alguna dosis de oportunismo, pero también, cabe suponerlo, porque no se puede andar impostando siempre sin una cuota importante de conversión interior.

Hay otra dimensión que, en justicia, también debe ser tomada en cuenta y que obliga a mantener distancia de la idea según la cual la

transición chilena fue al final del día una gran transacción, lo que se ha llamado una gran “transaca”. Esa dimensión está asociada al escenario externo. Fueron momentos decisivos y de gran efervescencia. Las opciones del gobierno de Aylwin, que a muchos hoy les parecen tibias y entreguistas, no pueden ser descontextualizadas del momento que le correspondió vivir. En 1989 la izquierda chilena, sobre todo dentro del PS, ya había hecho un proceso de renovación intelectual profundo. Los socialismos reales estaban crujiendo en medio mundo y a fines de ese mismo año el Muro de Berlín se vino abajo. En pocos meses, la propia Unión Soviética dejaría de existir. El Consenso de Washington estaba a la vuelta de la esquina. Siendo así, es más que explicable que el gobierno de Aylwin haya elegido el camino que tomó. Lo que sigue siendo discutible es que no lo haya explicitado honestamente.

IV

Si el análisis de la transición corresponde posiblemente al tramo más polémico y original de *Nos fuimos quedando en silencio*, quizás el más denso intelectualmente sea el dedicado al de la ruptura del consenso y al examen doctrinario de los planteamientos del profesor Fernando Atria, a quien Mansuy identifica como la cabeza más influyente en el plano ideológico del movimiento estudiantil del 2011. Habría sido él quien mejor leyó lo que estaba pasando y quien tuvo mayor fuerza persuasiva frente a los estudiantes para señalarles hacia dónde había que ir. El libro señala que “no es exagerado decir que el académico captó con perspicacia que el fin de la transición abría un momento histórico y fue capaz de proponer principios sobre los cuales pensar el futuro” (106). Y agrega: “Así como Brunner, Flisfisch y Boeninger habían sentado las bases de la Concertación en los años 80, Fernando Atria fue uno de los primeros en pensar, de modo integral, un orden postransición. A Atria, entonces, le corresponde el mérito —nos guste o no— de haber sido uno de los pocos que comprendieron la naturaleza del momento, mientras la mayoría de los intelectuales y políticos ni siquiera vislumbraban la importancia de la pregunta postransición” (106).

Aun cuando muchos lectores puedan disentir de estas observaciones, parece razonable conceder que efectivamente los consensos de la transición se rompieron. Las expresiones de malestar registradas duran-

te la primera mitad del gobierno del Presidente Piñera fueron eso: una evidencia de ruptura, un síntoma de que los entendimientos asociados a la transición habían perdido piso en el plano político y de que el país entraba a una fase de polarización política mucho mayor. Así y todo, sería un error no incorporar a la nueva ecuación el curso que tomaron los acontecimientos desde el año 2011 hasta el día de hoy, puesto que este itinerario también entrega razones para observar que la ruptura en los hechos fue mucho mayor en la clase política que en la base de la sociedad chilena. De otro modo, no se explicaría el creciente rechazo que el programa de reformas del actual gobierno —elaborado casi a la medida de las demandas del movimiento estudiantil de entonces— comenzó a encontrar a muy poco andar tras el retorno de la Presidenta Bachelet a La Moneda. Este hecho quizás no pone en entredicho que hubo una ruptura, pero cuando menos debiera obligar a poner en remojo, y por un buen rato, el diagnóstico del inicio de un nuevo ciclo político que —coreado por el oficialismo y refrendado por numerosos analistas— acompañó la instalación del segundo gobierno de la Presidenta Bachelet. Por lo visto esta premonición estuvo lejos de cumplirse. ¿De qué nuevo ciclo político puede hablarse cuando los dos liderazgos de mayor peso en el escenario político actual son precisamente dos ex presidentes que —justo— desde muy temprano se desmarcaron de la aventura refundacional de esta administración?

Mansuy desde luego no entra a esta contingencia y hace bien en no hacerlo. Aun si el gobierno de la Nueva Mayoría fuera un fracaso político —y todo indica que lo está siendo—, esta circunstancia no implica la derrota intelectual del tinglado ideológico que en parte lo sustentó, incluyendo varios de sus aspectos más refundacionales. El libro analiza a fondo el nuevo paradigma planteado por Atria a partir de la negación del orden neoliberal y se detiene en los alcances, los reduccionismos y debilidades de lo que el mismo Atria llama el “régimen de lo público”. Al menos en un primer momento, esta propuesta no consiste en un regreso a las trincheras del estatismo, sino en una manera de entender y organizar la vida colectiva que, reivindicando el sentido de comunidad y pasando la aplanadora sobre el egoísmo intrínseco al mercado, expande los derechos sociales y contrae, posiblemente en la misma medida, el espacio donde el mercado puede operar. La expansión, eso sí, apunta el libro, sería al costo de homogeneizar y uniformar los bienes sociales

en sectores como la educación, la salud y las relaciones laborales. Este costo, en términos de autonomía personal y libertad, y también de diversidad, podría no ser menor.

El ajuste de cuentas de Mansuy con este planteamiento es analítico, minucioso y sosegado. Quizás hasta excesivo. Su crítica es desde luego puramente intelectual, porque hasta hoy el régimen de lo público no pasa de ser, más que una abstracción, una promesa utópica de reconexión del sentido de autonomía y libertad que mueve a las personas con los intereses generales de la sociedad. En ese plano, la teoría seguramente puede funcionar mejor que si alguna sociedad, en alguna época y en alguna parte, la hubiese transformado en experiencia histórica. La historia siempre ensucia las utopías y Atria tiene suerte en poder desplegar la suya sin mancharse con el barro de la historia.

V

Los capítulos finales de este ensayo son una apasionada reivindicación de la política, de la política entendida como ese ámbito que confiere sentido a la vida en sociedad, ese ámbito donde se definen y arbitran los intereses superiores de un colectivo, donde acuden, conversan y disputan —libre, gratuita y civilizadamente— distintas miradas de mundo y de país, y donde las sociedades modernas intentan integrar o unificar lo que la historia, las desigualdades, el mercado, los privilegios y los infortunios individuales o de grupo tienden a separar y disociar. La política, en la medida en que convoca e interpela a todos, es una gran generadora de sentido y de conexión entre la gente.

Esa dimensión de la política es la que mantiene el sentido de comunidad en el cuerpo social y es también la que hace diferente el manejo de los asuntos de un país del manejo de una empresa o corporación.

Desgraciadamente, quizás no haya sector político con mayores dificultades que la derecha para entender y asumir estos alcances. Allí donde la izquierda florece y el centro político califica de manera razonable, la derecha suele reprobador. Y reprueba por su realismo brutal, por creer que la batalla de las ideas es una pérdida de tiempo y porque tiene una resuelta aversión a todo lo que huelga a pensamiento utópico. Así las cosas, la derecha suele quedarse con dos nociones especialmente empobrecedoras o tóxicas de la política. La primera es la de la política

como operación fáctica, aquella que se lleva a cabo tras bambalinas y que tiene al dinero y al *lobby* entre sus grandes armas de presión. La segunda noción es igualmente empobrecedora pero menos sombría, al asumir —con tanto candor como miopía— que lo único que importa en el espacio público es hacer muchas “cosas”, hacerlas bien y al margen de consideraciones politiqueras que lo único que hacen es dividir, polarizar y tensionar innecesariamente a la sociedad.

Con semejante mochila de convicciones y prejuicios, no tiene nada de extraño que esa derecha se haya entregado en cuerpo y alma al régimen militar. Fue música celestial para sus oídos en al menos dos derivadas: si todos somos chilenos, entonces no hay divisiones ideológicas o sociales que valgan; y si Chile está primero, entonces lo que procede es despolitizar, porque no hay manera más efectiva de inmunizar a los ciudadanos contra el divisionismo de los partidos y la acción, siempre soterrada, siempre torva, siempre destructiva, del marxismo disociador y extremista.

Huelga decir que la dictadura inculcó con especial éxito un virus adicional a la sensibilidad del sector. Era un virus incubado en los asépticos laboratorios de su proyecto modernizador: el economicismo. ¿En qué consiste? Básicamente, en el simplismo de considerar que la única dimensión que importa en la vida colectiva es la económica, en el equívoco de plantear que basta una buena planilla Excel de costos y beneficios para resolver la totalidad de los conflictos y de las tensiones ideológicas o de clase que coexistan en la sociedad. También, en el error de pensar que lo único que cuenta es solucionarle los problemas a la gente, y no andar preguntándole de dónde viene, en qué cree, qué la motiva y adónde le gustaría llegar. La política es una cosa concreta, de eficiencia básicamente, y no esa entelequia especulativa y palabrera que confunde la mente de las personas y la llena de odiosidades. La política es hechos, resultados, cifras; no palabras, sortilegios, intenciones o promesas. Políticas públicas, sí. Política a secas, no.

Daniel Mansuy —académico muy joven, nacido cinco años después del golpe, director del Instituto de Filosofía de la Universidad de los Andes, director de estudios del Instituto de Estudios de la Sociedad y miembro del grupo de nuevos intelectuales de derecha que Joaquín García Huidobro bautizó como “conservadores heterodoxos”— le da duro a la derecha en este plano y se suma a varios otros ensayos re-

cientes de jóvenes intelectuales que reflexionan en este mismo sentido, culpando al sector de su incapacidad de desplegar una narrativa política convincente acerca del proyecto que la guía y que busca para el país. A estas alturas, ya existe una masa crítica considerable en torno a los vacíos de orden político e ideológico de la derecha. Más allá de una economía dinámica y próspera, ¿qué tipo de sociedad quiere la derecha y en qué está que no despliega su proyecto? Con más o con menos matices, hacia allá apuntan los dardos de Pablo Ortúzar y Francisco Javier Urbina en *Gobernar con principios: ideas para una nueva derecha*⁴, Gonzalo Arenas en *Virar derecha: historia y desafíos de la centroderecha en Chile*⁵ y Hugo Eduardo Herrera en *La derecha en la crisis del bicentenario*⁶. Pero hay varias otras contribuciones. Están los libros de Axel Kaiser, sobre todo, *La fatal ignorancia: la anorexia cultural de la derecha frente al avance ideológico del progresismo*⁷, que enfatiza en el repliegue y la deserción de la derecha en la batalla de las ideas. Entre guismo, derrotismo, “cosismo”, travestismo, activismo, economicismo, pragmatismo, pesimismo son algunos de los conceptos más recurrentes. Son trabajos sin anestesia y de alto contenido crítico. Hacía tiempo que el bote intelectual de la derecha, más parecido a una balsa que a una embarcación, una balsa anclada y bien anclada a las viejas verdades de la libertad y el orden, no se movía tanto.

El aporte de Mansuy es muy sustantivo. Su convicción es que la falta de refinamiento político de la derecha viene de antiguo y que las cosas en estos parajes se descompusieron todavía más a partir de las lecturas de Hayek y Friedman, a los cuales imputa parte de la responsabilidad en el reduccionismo de la mirada sobre el espacio público que la derecha chilena ha tenido en los últimos años. Mansuy, que es doctorado en filosofía en Francia y que intelectualmente está mucho más próximo al liberalismo de Raymond Aron que al de los popes del llamado pensamiento neoliberal, tiene cuentas pendientes especialmente con Hayek. Piensa que siendo muy brillante al hablar de mercado y desentrañar la lógica de las relaciones económicas, Hayek inevitablemente se queda corto al pasar a la esfera política. No la entendería en todas sus

⁴ Santiago: Libertad y Desarrollo, 2012.

⁵ Santiago: Ariel, 2014.

⁶ Santiago: Ediciones UDP, 2014.

⁷ Santiago: Democracia y Mercado, 2009.

complejidades valóricas e históricas. A su juicio, no reconoce bien el peso de la historia y de la ética en las decisiones de los individuos, no obstante la fuerza con que el Premio Nobel de Economía 1974 reivindica en diversos textos suyos el peso de la historia, de las costumbres, de los códigos de sociabilidad y colaboración con que los individuos se han manejado por espacio de siglos con miras a construir modelos pacíficos de convivencia y modelos efectivos de cooperación. De hecho, Daniel Mansuy escribió a este respecto un ensayo especialmente polémico, “Liberalismo y política: la crítica de Aron a Hayek”, que fue recogido en *Subsidiariedad. Más allá del mercado y del Estado*.⁸

No sólo eso. Daniel Mansuy también cree que el apego consciente o inconsciente de la derecha al concepto de libertad negativa de Isaiah Berlin (libre es la decisión del individuo no sometido a coacción) ha impedido al sector —posiblemente no sólo en Chile, sino también en el mundo— desplegar la otra dimensión de la libertad, la positiva, la que propone un proyecto tal que estimule y facilite la realización de los individuos en un contexto de comunidad y armonía social.

¿Será por eso —se pregunta uno— que a la derecha, en general, no se le da muy bien eso que a la izquierda le resulta fantástico y que consiste, básicamente, en dibujar un espléndido horizonte de promesas donde todos tendrán cabida, todos serán iguales y donde incluso los más postergados encontrarán reparación justa?

Yo al menos tengo serias dudas a este respecto. Hay que reconocerlo: no es fácil componer narrativas movilizadoras y de contornos épicos desde la derecha. Pareciera que el principio de realidad —el pobre, denostado y descarnado principio de realidad desde el cual la derecha entiende no sólo la política, sino también la vida— impide volar alto, incluso a nivel retórico. La gente, salvo contadas excepciones, casi nunca parte de la derecha. Pero son muchos, sin embargo, quienes en algún momento llegan a la derecha. Llegan por desconsuelo, por realismo, por las dudas o por culpa de reiterados fracasos, entre otras muchas razones. Borges decía que su conservadurismo era una forma de escepticismo y eso sin duda que interpretaba a la derecha de matriz conservadora. Hace pocos meses escuchaba a Mario Vargas Llosa en su discurso de aceptación del doctorado *honoris causa* que le confirió la Universidad Diego

⁸ Pablo Ortúzar, ed. (Santiago: Instituto de Estudios de la Sociedad, 2015).

Portales, donde trazó el recorrido de su itinerario intelectual desde el comunismo hasta el liberalismo de Margaret Thatcher, y a cualquier observador debe haberle llamado la atención que el suyo era un itinerario de pura duda, de pura desilusión. Con dudas y desilusiones —pensé— podrán combatirse supercherías y mistificaciones, pero es bien difícil que con estos insumos las masas puedan movilizarse.

Difícil aunque no imposible, es cierto. Sospecho que los grandes íconos del triunfo de la derecha sobre la izquierda de fines del siglo XX —Mrs. Thatcher y el Presidente Reagan— llegaron al gobierno no sólo por la férrea coherencia de sus convicciones o por el fuego telúrico de sus relatos. La verdad es que alcanzaron el poder porque llegó un momento en que Inglaterra y los Estados Unidos parecieron tocar fondo. Estaban en la ruina, al menos en términos anímicos. El laborismo estaba empujando derechamente a la sociedad inglesa al subdesarrollo. El gobierno de Carter había sido tremendamente destructivo de la economía estadounidense y su política exterior estaba pisoteando el orgullo nacional. Eran sociedades muy heridas. No cabe duda de que ambos articularon un relato de renacimiento y recuperación de contornos majestuosos. Pero ambos, hay que concederlo, estaban hablando desde terrenos muy lastimados y baldíos. No conozco bien la experiencia de David Cameron. Entiendo que apeló mucho al sentido de comunidad y a la fortaleza de la sociedad civil frente al Estado, muy en línea con los aportes que hizo Norman Jesse en *La gran sociedad*⁹. Vaya a saber uno lo que quedó de todo eso después de que el ex Primer Ministro perdiera el referéndum del Brexit.

Qué resta, entonces, para la derecha chilena, se pregunta uno. Es fácil decir que Jorge Alessandri hizo un gobierno de gerentes y que Sebastián Piñera —por no tener relato y, lo que es harto más serio, por no dejar legado— anduvo por las mismas. Piñera llegó al gobierno asegurando que él lo podía hacer mejor que la Concertación. Quizás no sea una tremenda justificación histórica para llegar al poder. Pero llegó. Respetable. Y, ajustes más, ajustes menos, eso fue exactamente lo que hizo. Suspendió la siesta, dinamizó la economía, estimuló el empleo, apretó distintas tuercas del aparato estatal para volverlo más eficiente, restauró equilibrios macro que se estaban perdiendo, bajó la pobreza,

⁹ Santiago: IES-Fundación Cientochoenta, 2014.

llevó a cabo una agenda social más que atendible y, además, reconstruyó prácticamente todo lo que el terremoto había echado abajo. No es poco. Pero no tuvo épica.

Tal vez no haya que minimizar la responsabilidad política del gobierno de Piñera en el naufragio de la derecha en las elecciones del 2014. Pero, al efectuar ese análisis, también es importante reconocer que la derecha arrastraba un déficit político muy anterior a su administración. La suya, la de Piñera, fue la primera victoria de la derecha en 50 años, e incluso en más, puesto que Alessandri llegó a La Moneda sólo con poco más de un tercio de los votos. En esa época no había segunda vuelta.

Es posible que el tipo de liderazgo de Sebastián Piñera conlleve limitaciones narrativas serias. Piñera se maneja mejor en números que en prosa. Y, aunque se esfuerce, la poesía no es lo suyo. Pero en esto no digamos que es muy distinto a su sector. La derecha chilena nunca ha sido muy exitosa a la hora de explicitar el tipo de sociedad, de país, que quiere para Chile. La derecha es elocuente cuando plantea lo que no le gusta —está claro que no le gustó ninguna de las tres reformas básicas del actual gobierno de Bachelet, y mucho menos la idea de una nueva constitución—, pero se queda callada cuando se le pregunta qué país le gustaría construir. ¿Construir? ¿Para qué, si ya está construido? Desarrollarlo a lo mejor sí, de todas maneras; construirlo, no.

En cualquier caso, no deja de ser llamativo que el ex Presidente, no obstante todas las limitaciones políticas que pueda tener, haya vuelto a instalarse con ventaja en el actual escenario político. Algo debe haber en su carácter, en su liderazgo, que otra vez vuelve a interpretar a un sector importante de la ciudadanía. Es posible —por supuesto— que su gestión haya crecido en función del mal desempeño del actual gobierno. También es posible que se lo vea como el político más calificado para “arreglar” lo que la actual administración descompuso. Pero, ¿llega el asunto sólo hasta ahí? ¿O la gente está viendo en Piñera algo que los analistas políticos no están viendo? Los próximos meses van a ser muy clarificadores a este respecto. No sólo por el clima anímico en que tendrá lugar la próxima elección presidencial; también por el mensaje en torno al cual Piñera quiera desarrollar su eventual campaña.

¿Quién tiene épica y dónde puede encontrarse algo parecido a eso en la derecha? Me consta que la hay, claro, en los textos de los Padres

Fundadores de los Estados Unidos. La hubo en los imponentes discursos sobre la igualdad del Presidente Lincoln. No la hay, hasta donde yo sé, en las cartas de Portales, que son un portento de cazurrería chilena y realismo criollo. Tiene que haberla habido, supongo, en El León, Arturo Alessandri. No sé si era épica —¿o franco populismo?— lo que hubo en Eduardo Cruz-Coke. Siempre me quedó grabada una frase suya que puede envolver tanto una mentira de profundidades oceánicas como una verdad poética y de alcances insondables: “Es más fácil construir una catedral que darle techo a una modesta vivienda social”. Vaya, vaya.

Desde el reencuentro con la democracia, ¿algún candidato de derecha construyó algo que pudiera llamarse un relato? No recuerdo en esta dimensión a ninguno. Büchi rara vez traspasó la esfera del sentido común y de la racionalidad económica. Arturo Alessandri Besa nunca pudo calificar, sea porque no pudo o porque no quiso. Joaquín Lavín apostó la primera vez el todo por el todo al “cosismo” y, poco antes de su segundo intento presidencial, se había definido como *bacheletista-aliancista*. Piñera —ya lo dije— se enfocó en la gestión y la campaña de Evelyn Matthei ni siquiera logró acuñar en el imaginario político los ejes de su campaña. Con todas las reservas que pueda inspirar, el que más cerca estuvo de una narrativa política consistente, creo, fue José Piñera el 93. Algo hubo en su candidatura media misional de una épica conectada a la iniciativa, al emprendimiento, al esfuerzo, al mérito, al ahorro y a la superación. Muy en la línea de Michael Novak, de George Gilder, de *El otro sendero* del peruano Hernando de Soto, pero también de politólogos gringos. Y algo de todo eso, no mucho, me imagino, puede haber funcionado. Sacó poco más del seis por ciento de los votos.

El último capítulo de este ensayo notable que es *Nos fuimos quedando en silencio* no está quizás a la misma altura. No por casualidad es el momento en que Daniel Mansuy, haciéndose cargo de las tensiones entre la modernización y la política, plantea una suerte de rayado de cancha para cuadrar las grandes disociaciones de la modernidad —la pérdida de la unidad, las desigualdades, la soledad, el sinsentido de la existencia, la competencia, la dureza de la vida en un contexto donde cada cual debe hacerse responsable de su destino— con la política en el Chile actual. Mansuy exhorta a revisar el funcionamiento de los mercados, para establecer dónde andan bien y dónde lo hacen menos bien o francamente mal; a defender una mínima moral cívica, porque no

es cierto que en las sociedades modernas todo valga igual mientras no se viole la ley; a reconocer y estimular el trabajo de integración social que cumplen las organizaciones intermedias como termómetros de una sociedad autónoma y sana; a rehabilitar las comunidades por la vía de ciudades más amables y mejor pensadas, con más espacios de sociabilidad y quizás menos *malls*; a proteger a la familia, a mirar con alguna perspectiva de futuro las cifras de nuestra realidad demográfica; a darle un vistazo a la televisión, para al menos tener conciencia de lo que está diciendo y de los modelos de éxito y sociabilidad que está entregando o imponiendo...

Qué duda cabe de que en este listado hay temas fundamentales y aspectos muy rescatables. El arco de preocupaciones tiene además el mérito de recuperar la interlocución con tradiciones de la derecha que el sector fue abandonando en las últimas décadas, en parte por el predominio del pensamiento economicista y en parte también porque la derecha estuvo por décadas durmiendo siesta. Una larga siesta ideológica. En el listado de Mansuy hay aspectos que pueden interpretar bien a la derecha católica y popular. Otros, a la derecha nacionalista. Con algunos también podría sentirse interpretada esa derecha socialcristiana a la cual el planteamiento de los Chicago Boys dejó un tanto malherida.

Pero, al margen de esa convocatoria, que ciertamente es atendible y sensata, ¿dónde está la épica? Es cierto que pareciera no ser suficiente para un proyecto político de contornos históricos la exhortación a pisar el acelerador a fondo para llegar pronto a los 25 mil o 30 mil dólares de ingreso per cápita. La gente no se mueve ni motiva por metas de este género. Pero, la pregunta es inevitable: ¿será suficiente un horizonte de temas razonables como el que plantea este ensayo, que en el fondo no hace otra cosa que reivindicar un sentido mínimo de sociabilidad que la derecha ha perdido? ¿Basta esto para convocar, para movilizar, para encender, para marcar una diferencia, para hacer historia?

No lo creo. Sospecho que la construcción de una narrativa política potente no es algo que se pueda hacer por libros. Los relatos no son constructos que salen de la mente de ensayistas o analistas inteligentes. Los relatos son elaboraciones que conciertan miedos y esperanzas en dosis y bajo equilibrios muy cambiantes. Son dones que recaen sobre políticos especialmente inspirados. Las buenas narrativas se parecen más a una iluminación que a un discurso, más a una canción o himno

que a un texto programático. No tengo muchas pruebas al respecto, pero creo que es mejor cuando los relatos apelan también al pasado, a la historia, a éste o aquel héroe; adquieren a partir de ese momento mayor densidad y consistencia. Obviamente que es de la esencia de los relatos que tengan perspectivas de futuro. Para eso es que se articulan; para salir de una situación de angustia actual y para llegar a una instancia superior o mejor. Sin proyecto no hay narrativa que se sostenga. Sin embargo, quizás sea el presente la dimensión más crucial de todas, porque es en el presente, en el aquí y en el ahora, donde el genio político encuentra la coyuntura, la motivación y los insumos para desplegar su sueño, para instar a dar el salto, para salir del pozo, para torcerle la mano al destino y convertir en oportunidad lo que a todas luces parece una fatalidad o una condena. ¿Palabrería, retórica, mitificación? Puede ser. Cuando se opera a nivel simbólico, siempre habrá espacio para acusaciones de esta índole.

Está claro además otra cosa, hasta donde puede estarlo, por cierto, porque en este ámbito todo es muy gaseoso: la construcción del relato es un chispazo, una llamarada, una epifanía, que nace de la acción política pero que se despega de ella pronto, para darle sentido, jerarquía y urgencia. En la derecha esto es más bien excepcional, pero hay casos: Churchill, De Gaulle, Thatcher, Reagan...

Ocurre pocas veces. Pero, cuando ocurre, pareciera que todo cobra sentido. *EP*